

Tiago Marques Aipobureu: un bororo marginado (1945)	Titulo
Fernandes, Florestan - Autor/a	Autor(es)
Dominación y desigualdad. El dilema social latinoamericano. Florestan Fernandes. Antología	En:
Buenos Aires y Bogotá	Lugar
CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales Siglo del Hombre Editores	Editorial/Editor
2008	Fecha
	Colección
Blancos; Tribus; Actitudes; Tradición; Cultura; Conflictos; Marginalidad; Tiago Marques Aipobureu; Comportamiento social; Civilización; Brasil;	Temas
Capítulo de Libro	Tipo de documento
http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/se/20100830103748/04flores.pdf	URL
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.0 Genérica http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO

<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)

Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)

Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)

www.clacso.edu.ar



Fernandes, Florestan. **Tiago Marques Aipobureu : un bororo marginado.** *En: Fernandes, Florestan. Dominación y desigualdad. El dilema social Latinoamericano : Florestan Fernandes. Antología / Florestan Fernandes; Heloísa Fernandes, compiladora. -- Bogotá : Siglo del Hombre, CLACSO, 2008. -- ISBN 978-958-665-114-1*

Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/secret/critico/florestan/04flores.pdf>

Red de Bibliotecas Virtuales de Ciencias Sociales de América Latina y el Caribe de la Red CLACSO

<http://www.clacso.org.ar/biblioteca>

biblioteca@clacso.edu.ar

TIAGO MARQUES AIPOBUREU: UN BORORO MARGINADO¹

1. EL CONCEPTO DE MARGINACIÓN

El *marginado* es un hombre que se ubica en el límite entre dos razas, al margen de dos culturas, sin pertenecer a ninguna de las dos.² Es el

[...] individuo que por medio de la migración, la educación, el matrimonio u otras influencias abandona un grupo social o cultura, sin ajustarse satisfactoriamente a otro, encontrándose al margen de ambos y sin estar integrado en ninguno.³

¹ Trabajo escrito originalmente en 1945 para el *Seminário sobre os índios do Brasil* del Dr. Herbert Baldus, de la Escuela de Sociología y Política, y publicado por él en la *Revista do Arquivo Municipal*, vol. CVII, São Paulo, 1946. El apéndice se compone del texto de un artículo publicado bajo el mismo título en *O Estado de São Paulo* el 7 de mayo de 1949. Tiago Marques Aipobureu falleció en 1958. Texto extraído, para la presente edición de Florestan Fernandes, *Investigação etnológica no Brasil e outros estudos*, Petrópolis, Vozes, 1975, pp. 84-115.

² Robert E. Park, "Human Migration and The Marginal Man", en *The American Journal of Sociology*, vol. XXXIII, mayo de 1928.

³ Everett V. Stonequist, *The Marginal Man*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1937, p. 3.

Frente a cada situación, pues, el hombre marginado se encuentra con un problema: debe escoger, entre estándares incompatibles, una solución conveniente. A causa de esa elección, debe enfrentar situaciones problemáticas. Y, en consecuencia, su conducta revela serias alternativas, a veces aceptando, otras rechazando un determinado patrón de comportamiento o un valor cualquiera. El mismo individuo se evalúa desde dos puntos de vista y sufre las consecuencias del embate de la lealtad que le brinda —o considera que debe brindarle— relativamente a cada grupo en presencia. Emociones y sentimientos se combaten, conocimientos y valores adquiridos anteriormente entran en conflicto con nuevos sentimientos o valores.

Es, pues, una crisis psíquica que se da en las esferas de la personalidad, en la “conciencia individual”. Incluso antes de que Park presentara el concepto bajo la forma sociológica actual, un crítico literario, Charles Saroléa,⁴ para designar “los conflictos del individuo consigo mismo, determinados por los diversos círculos sociales a los que él puede pertenecer y por las influencias sociales contradictorias a las que puede estar sometido”, usó la expresión *conflictos individuales*. Y como crisis psíquica, individual, es necesario señalar que no se trata de un fenómeno permanente: dura sólo mientras el conflicto grupal se le presenta al individuo como problema personal, es decir, mientras la integración a uno de los grupos no se procesa de modo completo y definitivo.⁵

Sin embargo, hasta que esto ocurre, el individuo observa continuamente su inestabilidad, viviendo un terrible drama psicológico. Siente de forma aguda los efectos de la propia inestabilidad y considera, a través de ella, la conducta de los otros para consigo mismo, viendo desaprobaciones y tratando de descubrir significados en las actitudes normales de los demás miembros de la sociedad. Se vuelve demasiado autoconsciente y supersensible.

⁴ Véase *Henrik Ibsen: étude sur sa vie et son œuvre*, París, s.e., 1891, p. 71; G. Palante, *Précis de Sociologie*, París, Félix Alcan Éditeur, 1901, p. 6.

⁵ Sería posible discutir más profundamente este punto, sugiriendo otras formas de solución de conflictos. Sin embargo, para las necesidades de este trabajo, considero que lo expuesto es suficiente.

Ambivalencia de actitudes, sentimientos de inferioridad, repressions, psicosis, ciertas compensaciones, suicidios, crimen, etc., constituyen los síntomas de la crisis, que se manifiestan con mayor o menor intensidad en su duración.

2. DELIMITACIÓN DEL CAMPO DE TRABAJO

Para este trabajo fue propuesto un caso concreto: la crisis de personalidad revelada en la conducta del indio bororo Tiago Marques Aipobureu, usando el material recolectado por Herbert Baldus⁶ y por Antônio Colbacchini y César Albisetti.⁷ En realidad, ambos trabajos no proveen todos los datos indispensables para un estudio completo, aunque el del primer autor contiene informaciones verdaderamente valiosas. Por eso, debido a la falta de ciertos datos, no fue posible analizar todos los aspectos de la marginación ni hacerlo siempre con la necesaria meticulosidad teórica.

Además, hay una cuestión preliminar que debe ser discutida: ¿hasta qué punto es válido, científicamente, el estudio de un único caso? ¿No existe el riesgo de hacer, en lugar de un trabajo de investigación original y de revisión teórica, una simple ilustración? Se entiende que el valor científico de un análisis de este género es bastante relativo y que, de hecho, no puede tener otras pretensiones sino la de ser una especie de aplicación de la teoría a los hechos. Tal vez sea posible un procedimiento científico más riguroso, orientándose en el sentido inverso, lo cual es normal. Sin embargo, el número de casos debería también ser mayor y más variado y el material tendría que ser recolectado por medio de técnicas especiales, con el fin de evitar lagunas y de obtener un rendimiento teórico máximo.

⁶ Véase *Ensaio de etnologia brasileira*, São Paulo, Editora Nacional, 1937, pp. 163-186.

⁷ Véase *Os bororós orientais orarimogodogue do planalto oriental de Mato Grosso*, São Paulo, Editora Nacional, 1942, pp. 25-28; 238-261.

Al trabajo le resta, pues, sólo una cualidad: la de poner en términos objetivos un problema que aún no ha sido estudiado por los etnólogos que han trabajado en las tribus de indios ubicadas en el territorio brasileño, a saber, los efectos de los contactos con los blancos desde el punto de vista de la organización de su personalidad. Cambio social y marginación son dos campos importantes de las modernas ciencias sociales. Cualquier contribución en ese sentido tiene su valor.

En la siguiente exposición intentaré ser lo más completo posible, aunque corra el riesgo de parecer redundante. Por eso, en lugar de discutir el tema de un modo general, a continuación presentaré todos los datos disponibles de algún valor analítico. De éstos dependerán, por supuesto, las pocas conclusiones a las que pueda arribar.

3. ESBOZO BIOGRÁFICO DEL PROFESOR TIAGO MARQUES AIPOBUREU

Basándome en informaciones de Herbert Baldus,⁸ calculo que Akirio Bororo Keggeu —más tarde, el profesor Tiago Marques Aipobureu— nació alrededor del año 1898, en el seno de la tribu de los bororos (Orarimogodogue de la meseta oriental del Estado de Mato Grosso). Descendía de jefes, por el lado paterno, y era bastante vivaz e inteligente. Desde el momento en que lo conocieron, a los salesianos les pareció perfecto como “figura de propaganda para las Misiones”.⁹

En 1910, a los 12 años, aproximadamente, fue enviado por disposición de don Antônio Malan al colegio de Cuiabá (la capital de Mato Grosso), en donde recibió una esmerada educación.¹⁰ Sus estudios fueron brillantes, y durante los mismos compitió ventajosamente con sus compañeros blancos del colegio. Luego

⁸ Véase *Ensaio de etnologia brasileira*, op. cit., p. 165.

⁹ *Ibid.*

¹⁰ Antônio Colbacchini y César Albisetti, *Os bororós orientais orarimogodogue do planalto oriental de Mato Grosso*, São Paulo, Editora Nacional, 1942, p. 25.

de tres años, en 1913, Tiago viajó por Europa, donde visitó Roma y París, y “vivió allí en el seno de las mejores familias haciéndose querer por todos”.¹¹ En 1915 regresó, pues extrañaba su tierra.

Se casó entonces con una india borora en Sangradouro. En las Misiones, los salesianos le dieron el lugar de profesor y, así, el profesor Tiago Marques tradujo a la lengua borora la “Biblia pequeña” y un libro didáctico de historia de Brasil.¹² Sin embargo, ese tipo de vida no le agradaba, motivo por el cual tuvieron que procurarle otra. Lo dejaron encargado del observatorio meteorológico, cargo que abandonó pronto. Él prefería la caza, su casa y el trabajo en el campo, con la azada y el arado. Más tarde, ante un nuevo ofrecimiento, exigió un salario muy elevado si querían que tomara a su cargo la dirección del observatorio.

De Sangradouro se mudó a Meruri, que estaba más alejada de la civilización y le ofrecía nuevas oportunidades de retomar la antigua vida borora. De hecho, allí pretendió ser un verdadero bororo y, sobre todo, un buen cazador. Su educación no recomendaba la experiencia —Tiago Marques había perdido las habilidades que debe tener un buen bororo. No era un buen cazador y, por lo tanto, “muchas veces pasa grandes miserias junto a su familia”.¹³ Su mujer llegó a abandonarlo, yéndose a vivir con otro hombre, con el que tuvo un hijo. El padre Colbacchini logró hacer que se reconciliaran. Tiago Marques quería mucho a su mujer y a sus hijos, pero no podía hacer nada. Había sido educado para vivir entre blancos y no para enfrentar los peligros de la selva y la dura vida de su tribu, sin los menores recursos ni las comodidades de la civilización.

¹¹ Herbert Baldus, *Ensaio de etnologia brasileira, op. cit.*, p. 165.

¹² *Ibid*, p. 171.

¹³ *Ibid*, p. 167.

4. INTEGRACIÓN A LA CULTURA BORORA

Tiago Marques se casó con una borora y constituyó una familia en el seno de la tribu. Éste es un lazo importante que lo ata a la sociedad y a la cultura bororo. Junto con el estilo de vida, también aceptó las creencias y la religión de la tribu. No obstante, es lamentable que los datos no permitan saber la importancia que tuvieron en esa aceptación sus experiencias negativas con los blancos y también con sus propios compañeros de tribu. Es probable que los rechazos provenientes de los bororos hayan ejercido mucha más influencia en su ánimo, obligándolo al mayor acercamiento posible, consciente o inconscientemente —generalmente, el proceso es inconsciente— a lo considerado normal, a lo que los bororos admiten y esperan de otro bororo. Para un hombre que había sido arrancado de la vida y de la tradición borora para regresar más tarde, aquél sería un excelente comienzo de solución. Revelando comportamientos esperados, es natural que contribuyera con la disminución de los resentimientos recíprocos y con la atenuación, hasta cierto punto, de los efectos de una evaluación negativa de su persona por parte del grupo. La evidencia de una conducta rigurosamente conformada, en sus manifestaciones exteriores y más visibles, a los estándares tradicionales de comportamiento, aporta a la tolerancia de otras inobservancias, atenuando los rigores del sistema coercitivo tribal. Los esfuerzos que hizo para volver a la vida típica de un bororo, mudándose a Meruri, queriendo convertirse en cazador, revelando fidelidad a la religión, a la creencia y a las autoridades de la tribu —al cacique y al médico-hechicero, el bari—¹⁴ deben ser encarados desde ese punto de vista. Tiago Marques necesitaba mostrarse un bororo como los otros; por eso Herbert Baldus pudo confirmar que él “es un bororo devoto”.¹⁵

¹⁴ Véase en Antônio Colbacchini y César Albisetti, *Os bororós orientais orarimogodogue do planalto oriental de Mato Grosso*, *op. cit.*, p. 247, cómo se refieren a Ukeiwaguúo, “nuestro cacique, el querido...”, etc.

¹⁵ *Ibid.*, p. 173.

Colbacchini y Albisetti, por su parte, consideran que puede “compenetrarse con la mentalidad y con la vida de los bororos tan profundamente que hoy es considerado uno de los mejores conocedores e intérpretes de la tradición borora”.¹⁶ En Tiago Marques esa mentalidad de bororo se trasluce en el discurso reproducido en el libro de Colbacchini y Albisetti,¹⁷ pronunciado para sus compañeros de Sangradouro al anochecer. Es un discurso místico, de gran valor analítico, que tiene serios puntos de contacto con los de Ukeiwaguúo¹⁸ en cuanto a indicar una conformidad con la norma. La única diferencia sensible es la relativa al aspecto formal, pues sus frases son más largas y están más concatenadas que las del jefe bororo. “¡Sí! ¡Sí! Es verdad, pero no es verdad. Yo llegué primero, pero no fui yo el que llegó primero, yo llegué último; sin embargo, fui yo quien primero gritó, hablé cuando apenas salió griterío y barullo cuando grité, cuando hablé”.¹⁹ No obstante, es una forma sincrética de pensamiento que concibe la afirmación y la negación al mismo tiempo. Su valor es grande porque muestra hasta qué punto Tiago Marques es bororo en esas situaciones, y revela una mentalidad distinta de la del cristiano letrado al apelar a símbolos desconocidos por éste y en sus actitudes de bororo. De un occidental letrado, lo máximo que se podría esperar al inicio del discurso sería una paráfrasis de la parábola evangélica.

Sin embargo, en ese mismo discurso, desde este punto de vista, hay otros datos que permiten constataciones de mayor importancia. Por ejemplo, el énfasis con el que Tiago se refiere a sus conocimientos de bororo, que él les transmitió a los etnólogos salesianos: “Digo, hablo y hago, pero el motivo es que así hablo y digo

¹⁶ *Ibid.*, p. 25.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 25-29.

¹⁸ Véanse los dos fragmentos del discurso de ese jefe, reproducidos por Antônio Colbacchini y César Albisetti, en *Os bororós orientais orarimogodogue do planalto oriental de Mato Grosso*, op. cit., pp. 349-350.

¹⁹ *Ibid.*, p. 27.

las cosas que hacían los bororos, que hablaban los bororos”.²⁰ Le atribuye sus conocimientos a la tradición tribal, y parece un individuo fuertemente integrado. Y más adelante, reconociendo tal vez su situación de hijo pródigo, dice que “no todas las cosas las pude decir y mencionar, pero todas las cosas que sabía se las enseñé”. Tiene conciencia de la riqueza de la tradición tribal y reconoce explícitamente la imposibilidad de que él, un bororo letrado, tiene de conocer completamente esa tradición. En todo caso, es singular su preocupación por ser fiel a los elementos tradicionales de la tribu, que les relató a los misioneros salesianos.

Habiendo sido yo un bororo civilizado que escribió estas informaciones, alguien podría pensar que fueron escritas bajo la impresión de las cosas vistas y oídas entre los civilizados; pero no es así. En mis dichos nada fue modificado de las tradicionales costumbres de los bororos.²¹

A primera vista, es una reacción de alguien civilizado; pero en el fondo es también una manifestación bastante fuerte de un bororo orgulloso de las “tradicionales costumbres” de los suyos.

Y Tiago Marques conoce muy bien las tradiciones de los bororos. El libro de A. Colbacchini y C. Albisetti es una ilustración de ello, aunque un defecto de sistematización de la obra no permita saber cuáles de las informaciones, de las leyendas, etc., fueron transmitidas por Aipobureu. Además, los textos fueron redactados por los autores.²² Por eso, y porque no tengo elementos para evaluar el grado de congruencia de las leyendas en

²⁰ *Ibid.*, p. 28.

²¹ *Ibid.*, p. 140; sobre el mismo tema, consúltese también la p. 247. Nótese cómo este trecho, destinado a los blancos, difiere de las partes del discurso aquí citadas, hechas para los bororos.

²² La leyenda del diluvio, y especialmente la de Itubory y Bacororo, *op. cit.*, pp. 200-201 y 189-196, respectivamente, presentan marcadas variaciones formales y de contenido, si se las compara con las variantes recogidas por Antônio Colbacchini y reproducidas por Herbert Baldus, *Ensaíos de etnologia brasileira*, *op. cit.*, pp. 176-185.

lo que se refiere a la mitología borora y no sé cuántas leyendas un indio bororo habitualmente sabe de memoria, no utilicé las 27 leyendas orarimogodoque relatadas por Tiago Marques.²³ Sin embargo, cuantitativamente, es un indicador de su participación en la cultura borora.

Es probable que haya algunas modificaciones en las leyendas recolectadas a través de Tiago Marques. Empero, aunque fuese materialmente posible señalarlas, éstas tendrían un valor analítico muy relativo, pues Colbacchini y Albisetti constataron que la cultura borora está cambiando. Por eso, “si bien todas [las leyendas] tienen el origen de una sola tradición, rígida y religiosamente conservada entre los bororos como algo sagrado, lo cierto es que se escuchan de los labios de uno y otro con pequeñas divergencias”.²⁴ Sería muy arriesgado, pues, atribuirle ciertas modificaciones exclusivamente al mismo Tiago Marques Aipobureu.

En las dos leyendas, recolectadas por Herbert Baldus de Tiago Marques y fielmente transcriptas por el autor,²⁵ hay algunas modificaciones que probablemente corran por su cuenta. Además de un relativo olvido se puede verificar una reinterpretación de algunos accidentes de las leyendas, sensiblemente de un hombre letrado. En la leyenda del “Ké-Marugodu”, el olvido es más acentuado, pero en la leyenda del “Hombre con el venado” hay un lapsus mucho más grave, pues Tiago deja de hacer referencia a las dos divisiones exogámicas de la tribu.²⁶ En la leyenda “Hombre con el venado”, tal vez debido a una influencia de la civilización, introduce un concepto de carácter evolucionista, que es la supresión física de los descendientes intermedios entre el hombre y el venado, que no existe en las otras dos versiones de la

²³ Antônio Colbacchini y César Albisetti, *Os bororós orientais orarimogodogue do planalto oriental de Mato Grosso*, op. cit., pp. 238-261.

²⁴ *Ibid.*, p. 238; fue escrito a propósito de las leyendas relatadas por Tiago Marques.

²⁵ Herbert Baldus, *Ensaio de etnologia brasileira*, op. cit., pp. 174-176.

²⁶ Véase en Antônio Colbacchini y César Albisetti la leyenda de Itubory Bacororo, *Os bororós orientais orarimogodogue do planalto oriental de Mato Grosso*, pp. 189-196.

misma leyenda que yo conozco. Por lo tanto, es en la leyenda del “Ké-Marugodu” donde esas modificaciones son más evidentes. En la versión escrita por Tiago Marques, el deseo de una mayor coherencia lo hace introducir a un hombre en la leyenda. De manera que la observación de Herbert Baldus²⁷ me parece justa: el jaguar le recomienda a la mujer que no le sonría al Marugodu-Bacororo porque tiene celos de él. Sin embargo, considero que la modificación más importante no es ésta. Creo que la misma está en el trecho que trata de la muerte de la madre: los niños son extraídos, totalmente desarrollados, del vientre de la madre por el padre, el Adugoedu, al contrario de lo que sucede en las otras dos versiones, en las cuales el desarrollo intrauterino no se da por completo y el padre debe encerrarlos en una caverna y esperar a que completen su desarrollo allí. Para un occidental letrado esto es algo inconcebible y pienso que Tiago Marques —consciente o inconscientemente— transformó este trecho de la versión tradicional por este motivo.

A pesar de las reservas indispensables, parece que su integración no era absoluta, sino que Tiago Marques actuaba como bororo hasta donde su mentalidad de cristiano letrado lo permitía. Había una serie de factores externos que lo obligaban a conformarse a los estándares tradicionales de la tribu. Pero, al mismo tiempo, sus antiguas experiencias, sus viejos conocimientos y el sentido de lo civilizado contrarrestaban esas imposiciones del grupo, provocando ajustes específicos y, por así decirlo, parciales a las situaciones enfrentadas. En algunas de éstas, la tendencia a la conciliación de elementos culturalmente distintos —como en las leyendas y en su discurso— se hace evidente.

Los datos de los que dispongo son pobres como para profundizar el análisis. Sin embargo, considero que el siguiente trecho de su discurso es bastante esclarecedor:

Es para que yo les dije así a ellos [los misioneros], así les hablase a ellos, a mis jefes o padres es que aquel que me mira, que me guía,

²⁷ *Ensaio de etnologia brasileira, op. cit.*, p. 181; nota al pie.

mi jefe del cielo, Dios, lo que él me hacía enseñar, quedaba enseñada grabado en mis ojos, en mis oídos, en mi cabeza y por eso me quedé tranquilo apenas vi que les mostré todo lo que decían y hacían los bororo.²⁸

Aquí el poder divino transforma sus informaciones a los misioneros en una especie de revelación. Por supuesto, hay una contradicción, pues quedó claro que, en primer lugar, le atribuye sus conocimientos a la tradición tribal, mientras que después, para explicarlos, apela a una fuerza sobrenatural, el Dios de los cristianos. Pero se trata de una contradicción resuelta, porque el choque entre la civilización cristiana y la tradición tribal aparece bajo la forma del sincretismo. Es un efecto de la catequesis, de la acción de las Misiones, y probablemente muchos elementos culturales relacionados con el cristianismo hayan sido integrados en la cultura bororo, provocando los cambios a los que se refieren A. Colbacchini y C. Albisetti. Por eso, los padres pueden ser señalados como jefes —y Tiago Marques reconoce como sus jefes al cacique y al *bari*— y Dios puede entrar a competir con las divinidades y fuerzas de las creencias tradicionales. Elementos culturales de origen diverso y de naturaleza diferente surgen vinculados, superpuestos, coordinados en una misma exposición.

A pesar de ello, y tal vez a causa de ello, Tiago Marques reacciona como un bororo típico. Habla como un legítimo bororo y se libera de resentimientos y de represiones que son de toda la tribu. Se confirma que también es capaz de sentir emotivamente los estándares tradicionales de la tribu, el pasado de los bororos. Es la memoria colectiva la que habla en Tiago Marques Aipobureu, cuando dice:

[...] recordé a mis viejos jefes. Recordé a aquel bendito y bondadoso padre João Bálzola, a aquel don Antônio Malan, de ellos me acordaba. *De ellos, los bororos nunca se olvidarán*. Yo desearía que

²⁸ Antônio Colbacchini y César Albisetti, *Os bororós orientais orarimogodogue do planalto oriental de Mato Grosso, op. cit.*, p. 28.

no hubiese fuego [infierno], que no existieran los diablos, que todos fuéramos sólo al cielo y así todos los podrían ver nuevamente.²⁹

Otra vez se puede percibir la interpretación de ambas tradiciones: la borora y la cristiana. Sin embargo, lo más importante es el resentimiento contra los blancos, referidos colectivamente en forma restricta.

En síntesis, Tiago Marques intentó por todos los medios convertirse en un verdadero bororo. Se entregó completamente a la tradición tribal y trató de integrarse a la vida social de los suyos. Aceptó los símbolos exteriores que, ante el grupo, pondrían en evidencia públicamente su transformación definitiva de letrado cristiano en bororo. Y, en diversas situaciones, su comportamiento y sus reacciones son los de un hombre realmente integrado a la cultura de su tribu. Pero los conocimientos y las experiencias anteriores actúan, consciente o inconscientemente, de modo activo sobre su decisión de transformarse en un verdadero bororo, proyectándose continuamente en sus actos, actitudes y pensamientos.

Aun así, podría parecer que Tiago había conseguido adaptarse nuevamente al medio físico y se había reintegrado a la vida tribal. La misma sociedad le proveería los moldes dentro de los cuales podría armonizar las contradicciones de las dos culturas en contacto. Por eso, la asimilación habría caminado en el sentido de recuperarlo definitivamente para los bororos, entre los cuales volvió a vivir, al tiempo que se perdía de una vez por todas para los blancos y para la civilización. Sólo ciertas pervivencias de su pasado de cristiano “culto” fácilmente conciliables con los nuevos modos de ser, de pensar, de actuar, aparecerían en su conducta de bororo.

Pero no es eso lo que parece haber ocurrido realmente. Los muchos años que vivió entre los blancos, aquí en Brasil —en las Misiones y en Cuiabá— y en Europa, siendo aún demasiado joven como para reaccionar convenientemente, como también las

²⁹ *Ibid.*; la cursiva es nuestra.

influencias de la educación sistemática recibida de los representantes de la “civilización”, dejaron marcas profundas en su personalidad. Tiago Marques está muy lejos del hombre ideal bororo: no puede hacer todo lo que un bororo verdadero es capaz de hacer, y pregona el abandono de las creencias tradicionales por el cristianismo, incluso ante los suyos:

Y que así sus cosas, sus dichos, sus palabras [de los misioneros] pasen sobre nosotros como el fuego que quema el monte, el campo, el gran capín, el pastizal, el bosque de bambúes, las lianas y nosotros los sigamos por el camino que nos enseñan y así ellos estarán satisfechos de habernos alejado de lo que nosotros pensábamos, de lo que nosotros entendíamos de nuestro falso rumbo, de nuestro falso camino. Estarán satisfechos de habernos sacado de todo eso.³⁰

Un individuo que piensa, que siente, que desea y que dice algo así públicamente no puede estar integrado a la tradición de su grupo, acomodado a la sociedad en la que vive, aunque trate de comportarse como tal, aunque se esfuerce por parecer conforme con los *designios* de la comunidad. En todo caso, lo que se ha mostrado es suficiente para corroborar que él no es un cristiano letrado perfecto y que presenta una actitud dudosa de convertido pagano con relación a los valores esenciales del cristianismo. Asimismo, está impregnado de sus propias concepciones de bororo y sus creencias se mezclan con las creencias tradicionales de los suyos. Las conciliaciones, pues, no llegan a constituir una solución personal, siendo, en el fondo, más aparentes o transitorias que reales y definidas. Tiago Marques vive el drama de la elección: es un hombre marginado, ubicado entre dos mundos mentales diversos.

³⁰ Del discurso pronunciado en Sangradouro el 19 de diciembre de 1939 ante sus compañeros, al anochecer; en *ibid.*

5. CONFLICTOS CON LOS BLANCOS

Es evidente que Tiago Marques fue educado para vivir entre los blancos letrados, con los “civilizados”. Recibió una educación como sólo la puede recibir un número restringido de individuos, de elevado estatus económico. Empero, de regreso en Brasil, volvió a estar entre los suyos, transformándose bruscamente en un simple bororo de las Misiones. En realidad, el hecho de haber formado una familia con una mujer de su tribu muestra que no estaba completamente desligado de las tradiciones tribales y, sin duda, debe haber facilitado bastante sus diversos intentos de reintegrarse.

Sin embargo, es lógico que la transición entre un estado y otro no pudiera procesarse con rapidez. Entre los bororos, Tiago Marques se comportaría inevitablemente como un “blanco”, por lo menos en algunas situaciones.³¹ Y es aquí, exactamente, donde se encuentra el punto fundamental de la cuestión: actitudes de este tipo no eran esperadas en él, ni por los bororo ni por los mismos blancos. De esta circunstancia resulta una serie de conflictos entre Tiago Marques y los bororos, por un lado, y con los blancos, por el otro; estas disyuntivas deben ser encaradas como conflictos culturales que, por cierto, tuvieron una enorme importancia en la desorganización de su personalidad y en el desarrollo de su crisis psíquica.

Los conflictos se volvieron tensos, agravados por las diferentes expectativas de comportamiento en su presencia. Los misioneros —que allí representaban a los blancos y a la “civilización”— esperaban encontrar un Tiago Marques pasivo, trabajador y obediente, franco colaborador y una especie de llave maestra en el trabajo de catequesis, tanto impresionando y atrayendo definitivamente a los demás bororos, como sirviendo de gran ejemplo

³¹ En cuanto a su bagaje cultural, era superior, incluso, a otros blancos de las Misiones: “Poseía mucho más de la cultura europea que ese nuevo director de Meruri que, a pesar de su sacerdocio, no estaba muy lejos del analfabetismo”, Herbert Baldus, *Ensaio de etnologia brasileira, op. cit.*, p. 169.

para los brasileños; se esperaba que facilitara la conquista de los indios por la “civilización”.

Pero el prestigio entre los bororos no se correspondió con las esperanzas iniciales de los misioneros: perdiendo ciertas cualidades que caracterizan a un bororo, en lugar de ascender, Tiago descendió en lo que respecta a la consideración de los suyos y en la jerarquía tribal. Como consecuencia de ello, su preocupación inmediata fue la de readquirir las cualidades perdidas, lo que lo obligó a alejarse cada vez más de los blancos y de su estilo de vida, acercándose, inversamente, cada vez más a los bororos y a su cultura. Por otro lado, habiendo adquirido hábitos y actitudes de blanco letrado, Tiago Marques no podría pensar lo mismo que los misioneros con respecto a sus atribuciones y a su rol. Los bororos, según se constata en los fragmentos del discurso de Ukeiwaguú,³² estaban acostumbrados a obtener una retribución por los servicios prestados en las Misiones. Pero Tiago tenía una noción mucho más precisa de remuneración por el trabajo realizado y del valor relativo a éste, que había aprendido durante su convivencia con los blancos. Por eso abandonó la dirección del observatorio meteorológico y, cuando los misioneros lo convocaron nuevamente, les pidió un salario mayor.³³ Es probable que el salario no fuera compatible con el nivel de vida de la región, con los recursos económicos de las Misiones, etc., pero lo importante aquí no es eso, sino el conflicto de las dos expectativas de comportamiento, porque Tiago actuaba como un “blanco” auténtico. Los misioneros, ciertamente, no estaban acostumbrados a exigencias de esa naturaleza y no suponían que tal actitud fuera posible en su pupilo bororo. Tampoco percibieron que debían tratarlo como a un blanco letrado y esperar de él el tratamiento que un blanco letrado les daría a los suyos.

En consecuencia, el desconcierto de los misioneros fue doble. Perdieron a Akirio Bororo Keggeu y no encontraron, en su lugar,

³² Antônio Colbacchini y César Albisetti, *Os bororós orientais orarimogodogue do planalto oriental de Mato Grosso*, op. cit., pp. 349-350.

³³ Herbert Baldus, *Ensaio de etnologia brasileira*, op. cit., p. 167.

a un Tiago Marques Aipobureu conveniente. De nada les sirvió como modelo digno de ser seguido, como figura de propaganda de las Misiones en la catequesis de los indios; y como trabajador se reveló improductivo, por lo menos a causa de sus exigencias. De esta manera se abría el camino hacia el surgimiento de resentimientos recíprocos. Y éstos se manifestaron profundamente, principalmente por parte de los misioneros, que comenzaron a considerarlo como un simple *perezoso*, extendiendo tal juicio y su decepción a su hijo.³⁴

En cuanto a Tiago, me parece que el proceso fue de lo más complicado, pues se deben considerar los requerimientos del grupo bororo y la necesidad que él sintió de recuperar el estatus perdido de bororo, concomitantemente con la experiencia negativa representada en la repulsión contra los blancos. Había, pues, dos fuerzas sociales centrípetas, de la sociedad borora atrayéndolo hacia la cultura borora; una fuerza social centrífuga del grupo de los blancos, que lo repelía de la convivencia con los “civilizados” y con su cultura. Por lo tanto, todas las fuerzas actuaban en el mismo sentido: el de desarrollar en Tiago Marques Aipobureu al bororo, en perjuicio del “civilizado”. Ese proceso ya se pone de manifiesto cuando Tiago abandona su trabajo de profesor, prefiriendo otras actividades más compatibles con las necesidades y las ambiciones de un bororo. A los padres les pareció “que él no tenía las cualidades necesarias para enseñar, por no poder transmitirles a sus alumnos lo que había aprendido”.³⁵ Pero, en realidad, aquí están presentes los factores señalados anteriormente y, nuevamente, un conflicto cultural. Un profesor tiene prestigio en las “sociedades civilizadas” porque los conocimientos adquiridos en la escuela son necesarios. Ahora bien, la función de la escuela de las Misiones, por mayor que sea la buena voluntad de los misioneros, no puede ser la misma. La escritura y los conocimientos relacionados con ella que se aprenden en la escuela no son indispensables para un bororo, mientras que los

³⁴ *Ibid.*

³⁵ *Ibid.*

conocimientos relativos a la caza, por ejemplo, le resultan fundamentales. La lectura y la escritura, como les sucede a gran parte de nuestras poblaciones rurales, son una especie de lujo porque no corresponden a una necesidad de hecho y, por tal motivo, no tienen una función definida en el sistema sociocultural de la tribu. Tiago fue perdiendo, sin darse cuenta de ello, el interés por la escuela, a medida que se dedicaba a actividades más congruentes con los patrones culturales de su tribu. El interés por la agricultura, por su hogar y por la caza surgieron, llevándolo a abandonar sus actividades de maestro de escuela. De cualquier forma, ése era un medio espontáneo de conseguir, por poco que fuese, mayor comprensión y más prestigio entre los bororos.

Por su parte, el conflicto cultural se hace evidente. Constituye otro ejemplo de la poca disposición de los blancos a aceptar actitudes de cristiano letrado en Tiago Marques Aipobureu. Sus experiencias de antiguo alumno de colegios como el de Cuiabá lo hacían encarar la escuela y los métodos de enseñanza desde un punto de vista muy diferente al de los misioneros. Le parecía que, con una o dos horas de clase diarias, no se podría obtener nada de los niños, “y agregó que sería mejor adoptar el horario de la ciudad”.³⁶ Y ese motivo —la duración de las clases— obviamente está asociado a todo un conjunto de factores implícitos: organización escolar, equipamiento educativo, distribución de tareas, hábitos escolares, estatus del profesor, etc., que darían lugar a una escuela tal y como Tiago la había conocido entre los “civilizados”.

Sin embargo, esos conflictos con los blancos y la urgencia que tenía de intentar una reintegración más profunda a la vida tribal —inhibido hasta cierto punto por la presencia de los blancos— desarrollaron en Tiago la conciencia de la necesidad de alejarse aún más de la civilización. Es en ese momento cuando se muda de Sangradouro a Meruri, en donde conocerá decepciones aún mayores entre los blancos. Al principio encontró un ambiente respirable entre éstos, gracias a la comprensión de un misionero

³⁶ *Ibid.*

etnólogo, Antônio Colbacchini. Sus necesidades de convivencia con los blancos estaban satisfechas pues, en los días feriados, lo invitaban al refectorio a tomar café con los misioneros. Educado hasta los 12 años en las Misiones, amigo de los misioneros (según el aparte de su discurso citado anteriormente), del padre Antônio Malan, de Colbacchini, teniendo confianza y sintiéndose naturalmente igual a ellos, actuaba como un íntimo. Es más, aquél era el único ambiente adecuado a sus refinamientos de bororo civilizado. Frecuentemente buscaba el contacto con los misioneros en el refectorio, adonde incluso iba en los días hábiles. El nuevo director no comprendió la conducta de Tiago y, por así decirlo, le cerró la puerta en la cara. Él, por su parte, entró por otra puerta, sin darle importancia al hecho. Cerrada también ésta cuando se acercaba, “comprendió que no lo querían más en el refectorio”.³⁷

Era el rechazo formal del grupo blanco. El resultado de un proceso de evaluación cuyo mecanismo ya fue analizado. Sin embargo, éste fue el conflicto más violento y despertó en Tiago un rencor mucho mayor hacia los blancos y su cultura. El resentimiento llegó a su punto máximo e involucró a ciertas personas y valores con la subsiguiente ruptura de lazos anteriores. Sus intenciones eran amigables y se correspondían con sus necesidades de “civilizado”; pero el misionero, por su parte, descubrió otro motivo para su conducta: el café que él bebía en el refectorio. Las consecuencias de la ruptura, a su vez, fueron inmediatas, ya que él comenzó a comportarse abiertamente como un bororo auténtico. Hasta ese momento, según Herbert Baldus, aceptaba las costumbres de los bororos de modo discreto y velado, “actuando exactamente como lo haría un blanco de cultura y buena educación”.³⁸ Ciertos índices revelan la extensión y la intensidad de tal cambio de actitud: Tiago se dejó crecer los cabellos y aceptó la religión de su tribu. Ambas actitudes ponen de manifiesto, como síntomas

³⁷ *Ibid.*, p. 168.

³⁸ *Ibid.*

de resentimiento, la violencia de la crisis emotiva, provocada por los conflictos culturales con los blancos.

Ese alejamiento se vio acompañado por un proceso inevitable de desnivelación cultural. A medida que Tiago aceptaba nuevos elementos de la cultura borora, perdía otros aprendidos de los blancos. De esta manera, olvidó las lenguas europeas, con excepción de la portuguesa, y perdió el interés por la lectura, por determinados instrumentos musicales, como la flauta,³⁹ etc. Lo importante aquí es el cambio de mentalidad que demuestran esas pérdidas y las nuevas adquisiciones compensatorias.

Este cambio es, en gran parte, responsable de la aceptación de otros rasgos de la cultura borora y de la consiguiente manifestación de formas nuevas de conducta. Pero, obviamente, la pérdida no podría ser total. Y muchas necesidades de “civilizado” aparecen en la conducta de Tiago. La convivencia con los blancos y el café son buenos ejemplos. Además, le pidió a Herbert Baldus un par de pantalones y un pañuelo, “manifestación de necesidades refinadas”.⁴⁰ El mismo autor notó que, al contrario de los demás, se interesaba mucho en el empleo y el mecanismo de la cámara fotográfica.

Éstos y otros rasgos, que definen su segunda naturaleza humana, caracterizándolo como un occidental letrado, afloran constantemente en su comportamiento, determinando preferencias, acciones y actitudes, y solapando sus intenciones de volver a ser un bororo legítimo. Y, a consecuencia de ello, “hoy nuevamente se aproxima al mundo de los blancos”.⁴¹ Por supuesto que lo hace en la medida de lo posible, pues lo quiera o no, ahora está íntimamente atado a su tribu y por eso las posibilidades que tiene de satisfacer sus necesidades de convivencia con los blancos son muy restrictas.

Cuando Herbert Baldus le preguntó si deseaba regresar a Europa, Tiago respondió: “Sí, pero no tengo dinero”; y si quería

³⁹ *Ibid.*, p. 171.

⁴⁰ *Ibid.*

⁴¹ *Ibid.*

pasar unas semanas en Cuiabá, en su compañía, dijo: “Sí, pero no puedo dejar a mi familia”.⁴²

Imposiciones económicas o sociales reprimen sus deseos de participar otra vez, de un modo más amplio, de la “civilización”. No obstante, esto indica dos cosas fundamentales: que los intentos hechos por Tiago tendientes a integrarse definitivamente al sistema sociocultural bororo, aún no habían arribado a resultados satisfactorios, dejando de constituir, por el momento, una solución; y que debería resolver su problema de reintegración dentro de límites bastante estrechos y precisos: los blancos de las Misiones y su tribu.

Sin embargo, como resultado de su experiencia negativa con los blancos, ya no depositaba en ellos la misma confianza de antes. Y los nuevos elementos culturales, adquiridos en la vida tribal, contribuyeron fuertemente a disminuir aún más su creencia en ciertos valores centrales de la “civilización” (por lo menos desde el punto de vista de su formación educativa). En todo caso, es probable que ciertos conflictos más agudos con los bororos hayan acentuado sus necesidades de retorno al mundo de los blancos, determinando nuevos intentos de reintegración.

Pero hay algo que es cierto: Tiago nunca más podrá ser el bororo letrado que fuera alguna vez, al volver de Europa, como tampoco había podido ser un bororo auténtico entre los suyos. Aquellos años de participación activa e intensa de la cultura borora dejaron marcas profundas en su personalidad y los resentimientos de uno y de otro lado pesarán en sus futuras decisiones y elecciones. Aun así, las diferencias son evidentes: hoy, por ejemplo, cree *sólo un poco* en lo que enseñan los padres. Antes les habría respondido de otra manera a las personas y a los valores de la “civilización”. Sin embargo, considero que la reconciliación con los blancos y con sus valores culturales se procesó rápidamente, pues en diciembre de 1939 expresó su deseo de suprimir totalmente las creencias y la religión bororas, a favor del cristianismo. Pero, como se ha visto, sus concepciones estaban impregnadas

⁴² *Ibid.*

de elementos ajenos al cristianismo. Es probable que, en el fondo, se tratara, en esa reaproximación, sólo de una exacerbación de su crisis psíquica, fenómeno característico de la marginación. Sería una reconciliación momentánea, sin significar por ello una aceptación definitiva de personas y valores de la “civilización”. Más tarde haría otra vez el mismo movimiento, pero en el sentido inverso, reaproximándose a personas y valores que representan el sistema sociocultural bororo.

6. CONFLICTOS CON LOS BOROROS

Volviendo a los suyos, el profesor Tiago Marques Aipobureu se perdía irremediamente para la “civilización”. No le sería posible, ni a él ni a nadie, ser educado para vivir en un medio social y, una vez transferido a un medio social diferente, conservar los mismos rasgos de su personalidad, con el correlativo mantenimiento de habilidades, conocimientos, técnicas, hábitos y actitudes aprendidos anteriormente. En su caso, aun había un agravante: la mayoría de los elementos adquiridos son verdaderamente superfluos y más perjudiciales que útiles para la vida tribal. Tiago se vio, pues, completamente maduro y en una edad en la que los hombres ya tienen definida su posición en la jerarquía tribal, en el lugar en el que todos generalmente comienzan. Debía recomenzar el período de aprendizaje y soportar las consecuencias de su inmadurez (con respecto al medio tribal), de su “incapacidad” manifiesta.

La mejor solución para él habría sido la de quedarse en uno de los centros “civilizados” del litoral y casarse con una blanca. Volviendo a Sangradouro, como lo hizo, tenía una alternativa: quedarse en el grupo de los blancos, actuando como tal, o reintegrarse a la vida tribal. En el primer caso se desarrollarían serios conflictos con los bororos, es cierto, pero parece que fácilmente encontrarían formas de acomodación. Y Tiago se impondría a la tribu como el “profesor”, un bororo letrado y, por así decirlo, del grupo de los blancos. Pero es evidente que esa solución le parecía imposible, pues pronto se vinculó definitivamente a la tribu,

casándose con una borora. Y, de hecho, debemos coincidir en que tenía razón: lo mostró el análisis de los datos disponibles. Sus actitudes de letrado crearon serias incomprensiones entre él y los misioneros, dando origen a conflictos culturales y a graves resentimientos recíprocos.

Por lo tanto, si Tiago Marques no encontrara una conciliación satisfactoria, probablemente debería integrarse a su tribu. Y como se ha visto, en ese sentido actuaron inicialmente varias fuerzas sociales. Y a pesar de la inestabilidad de sus preferencias —se alejó de los blancos y después se volvió a aproximar—, una característica de su comportamiento de marginado, la marcha de su asimilación se hizo a favor del sistema sociocultural bororo. Sin embargo, esto no significa la ausencia de conflictos con los suyos, sino todo lo contrario. Éstos ocurrieron y sus consecuencias sobre la personalidad de Tiago provocaron, tal vez, resentimientos mucho más graves, desarrollando en él un fuerte sentimiento de inferioridad.

El abandono decidido de las actividades de letrado corresponde a la comprensión, consciente o inconsciente, de que sus conocimientos y su trabajo eran inútiles para la tribu y de que no sólo no favorecían una definición de estatus en la jerarquía tribal, sino que tampoco le otorgaban ningún prestigio. Por eso, dándoles la espalda a los blancos y a su cultura, Tiago tenía en mente transformarse en un verdadero bororo y conseguir una posición en la tribu. Al hacerlo, no evaluó debidamente las dificultades que debería enfrentar. Porque, así como para ser el “profesor Tiago” necesitó de un largo aprendizaje entre los blancos, para ser un cazador debería recibir un entrenamiento prolongado —que desarrollara en él el vigor físico, la agilidad, ciertos conocimientos sobre el medio circundante y las presas, las técnicas, etc., ciertas aptitudes, como la astucia, la destreza y el coraje— que todo cazador bororo recibe desde la infancia. Podría ser un cazador, pero un poco o incluso muy por debajo del ideal de la tribu.

Recomenzando, valía tanto para aquélla como cualquier adolescente, aunque las expectativas iniciales fueran las de que él se comportara y produjera como un adulto cualquiera. Las decep-

ciones, obviamente, desarrollaron un proceso de evaluación poco favorable para el bororo Tiago Marques Aipobureu. Éste nunca podría alcanzar el estatus y adquirir el prestigio de un cazador educado en la propia tribu. Y sus *fracasos* (desde el punto de vista bororo) repetidos, por el contrario, en contraste con las expectativas de comportamiento tradicionales, contribuirían a una caída pronunciada en el concepto de los demás miembros de la tribu. Se puso de manifiesto que él estaba muy por debajo del ideal tribal de hombre. De ningún modo podría, con los recursos habituales de un cazador bororo, matar un jaguar, por ejemplo.

Esto explica, pues, el desprecio que Herbert Baldus notó en su mujer, cuando ésta le dijo:⁴³ “Tiago no tendría la capacidad necesaria para eso” (matar un jaguar). Así, desempeña un papel mediocre, de “fracasado” en la comunidad. En consecuencia, se ve infravalorado y rechazado por sus compañeros, entre los cuales es “malquistado o despreciado”.⁴⁴ Su propia mujer lo abandonó por otro hombre, y volvió a él sólo gracias a la intervención de un tercero.

Esto debe ser comprendido a la luz de su educación de “civilizado”, desde el punto de vista de su horizonte cultural y de la conciencia de superioridad, que indudablemente debe tener relación con los otros, bajo este aspecto. No dispongo de datos para verificarlo, pero es probable que, a modo de compensación, Tiago Marques haya aceptado esa superioridad, sobrevalorándola frente a sus compañeros.

Tal estado de espíritu, pues, además del agravamiento de los conflictos por las actitudes que provoca, no es compatible con la respuesta del grupo. Y tampoco le favorecería una rápida y completa comprensión de sus propias condiciones. Para la tribu vale el cazador perfecto, capaz de matar al jaguar en el monte y de proveerle suficientes víveres a su familia. Para Tiago, además de esos elementos, tienen valor sus conocimientos y sus experiencias de “civilizado”. La evaluación del individuo por el grupo y la evalua-

⁴³ *Ibid.*, p.170.

⁴⁴ *Ibid.*

ción del grupo por el individuo se procesaron a través de criterios diferentes, de acuerdo a patrones opuestos y, a la vez, exclusivos. Si Tiago fuera bien “aprobado” como “bororo”, su situación sería buena, porque él estaría en condiciones de prestarle al grupo, bajo la forma de compensación, otros servicios (por ejemplo, relatar en los discursos nocturnos sus experiencias en la “civilización”, las peripecias de cacería, etc., cooperar en la enseñanza de los niños que asisten a la escuela de las Misiones, facilitar los contactos con los blancos, etc.). Ello aumentaría su prestigio.

Sin embargo, prácticamente se colocó por debajo del último grado tolerable, desde el punto de vista del ideal de la tribu. En consecuencia, lo que en la primera alternativa serían cualidades que habrían funcionado como formas de compensación y de aumento de prestigio, en la segunda alternativa —que fue la que de hecho ocurrió— pareció una ofensa hacia el grupo e hizo su situación entre los bororos aún más difícil. Y la exaltación de personas y valores ajenos al sistema tribal, a costa del menosprecio de personas y valores de la propia tribu en las relaciones con los suyos o en los momentos de aproximación a los blancos (según los apartes citados de su discurso), no sólo debe haber provocado la desaprobación, sino también el odio de algunos miembros de la tribu, especialmente de autoridades como el *bari*, el médico-hechicero.

Además, en ese discurso infringió una norma tribal básica, porque se puso por encima de todos y de la propia tradición tribal, estableciendo una comparación entre ella y la religión de los “civilizados” y formulando juicios de valor a su respecto. Pero un bororo no puede hacer eso, porque “aquel que se levanta sobre su compañero será avergonzado; si uno se coloca por debajo de su compañero, éste será exaltado”, dice textualmente la tradición borora.⁴⁵ Esas transgresiones e infracciones deben haber acentuado el desprecio que sus compañeros le demostraban por sus “incapacidades manifiestas”. Y el desprecio, como pena social,

⁴⁵ Antônio Colbacchini y César Albisetti, *Os bororós orientais orarimogodogue do planalto oriental de Mato Grosso*, op. cit., p. 165.

“es muy temido y en varias leyendas se encuentran pasajes que muestran el gran miedo que tienen los indios a semejante castigo, pues incluso llegan a mudarse a otra aldea”.⁴⁶

El proceso negativo de evaluación tribal se ve, pues, extraordinariamente reforzado por la manifestación, en Tiago, de ideas y actitudes desaprobadas. Por lo tanto, lo consideran orgulloso y “otros probablemente detestan el saber que adquirió en los medios civilizados”.⁴⁷ En síntesis, el profesor Tiago Marques Aipobureu fue doblemente rechazado por los miembros de la tribu, a pesar de sus intenciones de convertirse en un bororo. Primero, por no revelar las cualidades deseadas; segundo, por poseer y manifestar públicamente atributos no sólo desconocidos por el grupo, sino además considerados indeseables, en vista de lo cual se puede apreciar el discurso de Sangradouro como un resultado extremo de la reacción que provocó en Tiago el rechazo de la tribu. Llegó al período de conflictos abiertos, de gran tensión emocional, con las personas y valores del sistema sociocultural bororo. Empero, el sentimiento inicial de inferioridad ya se había acentuado mucho antes, según lo sugiere una observación de Herbert Baldus.⁴⁸ “Así, se volvió solitario, solitario entre los suyos y extraño para los extraños”. Sintiéndose rechazado por los suyos, respondió con el aislamiento. Pero, a medida que aumentaban los resentimientos por la intensificación de conflictos, la situación se hizo intolerable. Entonces pasó lentamente del rencor sordo a los conflictos abiertos con los bororos.

7. AMBIVALENCIA DE ACTITUDES

Ya se vio cómo se procesaron los primeros contactos de Tiago Marques Aipobureu con los bororos, sus primeros conflictos con los blancos y sus consecuencias, y cuáles fueron los resultados de sus intentos de integración al sistema sociocultural bororo.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 135.

⁴⁷ Herbert Baldus, *Ensaio de etnologia brasileira, op. cit.*, p. 171.

⁴⁸ *Ibid.*

También se aprovechó para analizar algunas indecisiones, al describir su comportamiento y ciertas actitudes de marginado. Por lo tanto, ya se ha presentado una buena parte del material que evidencia su dualismo con respecto a la cultura de los blancos y de los bororos. Lo importante, aquí, no es tanto el hecho de que Tiago aceptase y más tarde rechazase ciertas ideas y valores, sino la influencia que ello tiene sobre su conducta y en el desarrollo de su crisis psíquica. Porque, colocado entre dos formas de actuar diversas, pasa de la una a la otra, aunque sin presentar una integración definitiva. Se aleja de los blancos, tratando de integrarse al grupo de los bororos aunque sin mayor éxito. A consecuencia de ello, se aproxima nuevamente a los primeros. Esto indica que la crisis está en pleno desarrollo y que se hace necesario un análisis más minucioso de sus ideas y actitudes.

Se ha visto que, bajo la presión del medio, la solución se desarrolló, hasta cierto punto, a favor de la cultura borora. Tiago Marques aceptó prácticas y creencias tradicionales y todo hace creer que esa aceptación no es simplemente superficial. Parecería que se ha establecido una relación emotiva entre Tiago y aquellos elementos de la cultura borora, pues éstos interfirieron en sus antiguas ideas y creencias cristianas. Esa interferencia culminó con el surgimiento de dudas, en su espíritu, con respecto a personas y valores relacionados con el cristianismo y la civilización, a pesar de haber sido educado para aceptarlos. Así, creía sólo *un poco* en los padres y en sus enseñanzas, al tiempo que revelaba ciertos resentimientos contra ambos. En determinado momento llegó a abandonarlos completamente, entregándose a la religión de su tribu, y “no miró más ni a los padres ni a los blancos”.⁴⁹ Fue una ruptura profunda con las personas y con los valores de la “civilización”, expresada por conflictos abiertos y marcada por señales externas y correlativas manifestaciones subjetivas (crecimiento del cabello, aceptación de ciertos hábitos de cazador, de la religión borora, etc.), así como por el abandono de la conducta de “blanco educado”. Más tarde —y esto se evidencia

⁴⁹ *Ibid.*, p. 169.

de modo agudo en su discurso de diciembre de 1939— retorna a los blancos y reafirma, violentamente, la creencia en los valores de la civilización y, con restricciones, en sus portadores. Llega a expresar la necesidad de una recompensa por el trabajo de éstos, expresada en términos del aniquilamiento de la religión y las creencias bororas.

Pero su mentalidad ya es muy diferente. Tiago no es más el antiguo discípulo de los salesianos. En su lugar reapareció un hombre diferente, que es capaz de reflejar con sus palabras un resentimiento de naturaleza colectiva, que proyecta en el cristianismo ideas y valores bororos y que (por lo menos es la sensación que tengo al leer el final de su discurso) no está firmemente convencido de lo que dice ni muy entusiasmado con las perspectivas esbozadas. “Estarán [los padres] satisfechos de habernos sacado de todo esto”.⁵⁰ Un católico militante, interesado en la conversión de los bororos, pensaría de modo diferente.

Sin embargo, Tiago revela las mismas dudas con relación a la religión borora. Y éstas son fácilmente comprensibles, pues él fue educado y criado en otra religión, y aprendió incluso a despreciar las creencias de los “indios”. Por eso mismo, la aceptación de la religión y de las creencias de los bororos no puede aún ser considerada una conversión profunda. “La religión cristiana [dijo] es mejor porque la nuestra no tiene raíz”.⁵¹ No sólo se atreve a compararla con la “religión cristiana”, sino que también opina que la religión de su tribu es inferior. A un bororo integrado debe parecerle difícil la posibilidad de que exista otra religión además de la suya. Y le parecería aún más imposible la existencia de una religión mejor que la suya. La idea de la falta de raíz, entonces, le resultaría inconcebible. Son concepciones sacrílegas y desaprobadas por el grupo.

Tiago logró adquirir conocimientos y habilidades de la cultura borora. Logró, incluso, como lo hacen notar Colbacchini y

⁵⁰ Antônio Colbacchini y César Albisetti, *Os bororós orientais orarimogodogue do planalto oriental de Mato Grosso*, op. cit.

⁵¹ Herbert Baldus, *Ensaio de etnologia brasileira*, op. cit., p. 173.

Albisetti,⁵² “compenetrarse con la mentalidad y con la vida de los bororos”. Pero es evidente que no logró convertirse él mismo en un bororo. Puede haber olvidado, por un proceso de desnivelación cultural, muchos elementos de la cultura de los blancos; puede ya no tener una concepción del Dios de los cristianos y del destino de éstos después de la muerte; y, con respecto a las almas, haber adquirido las concepciones de los bororos, creer en el *bari*, en las formas mágicas del *bari*, creer que los *bope* (los demonios) habitan en los guapinoles, en las piedras;⁵³ puede conocer profundamente las leyendas y las costumbres bororas, comportarse públicamente como tal; pero, a pesar de ello, él mismo es, en gran parte, un “blanco”. Un indio letrado, capaz de mostrar, frente a los valores de la cultura borora, una actitud profana, independiente, crítica en ciertas circunstancias, y en otras, también valorativa. Como punto de comparación le sirven los elementos adquiridos durante su convivencia con los “civilizados”. Incluso cuando se refiere a los suyos, relatando sus leyendas, por ejemplo, manifiesta su segunda naturaleza al decir que las modificaciones intencionales que introduce en ellas no deben serle atribuidas a su condición de *bororo civilizado*. En el fondo, Tiago Marques es un hombre que nació y vivió algunos años con los bororos. Más tarde regresó, pero como un “civilizado” —tal como él se refiere a sí mismo— que debe asimilarse a los modos de ser, de pensar y de actuar de su tribu. Las crisis actuales apenas indican la marcha de ese proceso de asimilación, aunque aún no se ha encontrado una reintegración definitiva hasta el día de hoy.

Los datos presentados revelan —de manera rudimentaria, por cierto— la intensidad de los conflictos trabados en su mente entre valores diversos e incompatibles, y nos permiten una representación aproximada de su drama psíquico. Por el momento, Tiago se encuentra ante cada situación como si estuviera frente a un problema, y puede elegir entre dos formas de conducta

⁵² Antônio Colbacchini y César Albisetti, *Os bororós orientais orarimogodogue do planalto oriental de Mato Grosso*, op. cit.

⁵³ *Ibid.*, pp. 172-174.

diferentes: la del “civilizado” o la del “bororo”. Durante cierto tiempo actuó como un blanco educado, después pasó a actuar como un “verdadero bororo”, y es posible que actualmente aún se esté comportando más o menos como un “blanco”. Y, en una misma situación, muestra en sus actitudes ese choque de valores diferentes como en el discurso de Sangradouro y en las respuestas que le dio a Herbert Baldus sobre las creencias de los bororos y de los cristianos. En el fondo, Tiago *creía en ambas*. Esto justifica la habilidad de sus preferencias, algunos lapsus y ciertas modificaciones señaladas en sus leyendas y, principalmente, sus actitudes frente a los blancos y a los bororos.

Respondiendo a una pregunta de aquel etnólogo, Tiago expuso un melancólico resumen de los antiguos atributos y costumbres de los bororos, irremediablemente perdidos para él. Esa evasión hacia el pasado y el concomitante análisis del presente en términos pretéritos —casi siempre resulta en una sobrevaloración mística de ciertos valores tradicionales— es la característica de los marginados. Es un tipo de compensación psíquica encontrada en la agudización que la crítica provoca en las causas de ciertas formas de conducta y de los motivos que conducen al hombre hacia la acción. Esa crítica, por su parte, tiene otros objetivos: el descubrimiento de una salida para el individuo y una explicación para su situación singular en la sociedad. Hay una salida, que se podría llamar *solución pasiva*, en la cual el individuo se explica a sí mismo su “fracaso” en la vida social, salida que evidencia la imposibilidad de poner en práctica ciertas formas tradicionales de conducta, posibles sólo en el pasado y, por ventura, en los ideales supremos de la comunidad. Hay otra salida, que se podría llamar *solución activa*, en la cual la generalización de la crisis —por la acción permanente de las mismas causas sobre varios individuos— posibilita una lucha libertaria que se inspira en la conciencia de la necesidad social de determinados ideales y origina el surgimiento de corrientes sociales.

Es evidente que la situación de Tiago Marques corresponde al primer caso. Él constituye un fenómeno singular en la sociedad tribal. Las propias condiciones de ésta no favorecen el surgimien-

to en masa de casos similares al suyo, aunque se esté produciendo un cambio. Esto me parece importante porque indica que no existen precedentes en la vida tribal y porque da indicaciones sobre algunas predisposiciones psicológicas de Tiago Marques. La falta de precedentes hace que su caso sea único y que deba ser resuelto personalmente, corriendo el riesgo de ser desaprobado por el grupo. Es por eso que las posibilidades de una conciliación o de una solución intermedia tienen tanto valor y están sujetas a las sanciones de la tribu al mismo tiempo que constituyen una elección definitiva. Es para escapar de su desaprobación que Tiago, después de algunos fracasos en sus intentos por integrarse, regresó a los blancos, manifestando incluso su deseo de que la cultura borora desapareciera. Sería una solución para su caso y así podría liberarse de la opresión del control tribal.

Pero ésta es una actitud que considero pasajera, que afloró en un momento agudo de descontento contra el grupo que, sin ofrecerle una solución viable, se reserva el derecho de controlar sus actos. Parecería que desde el inicio él se ha esforzado por encontrar una solución pacífica, sometiéndose pasivamente a muchas imposiciones del grupo y aceptando públicamente los valores fundamentales de la cultura borora. Con excepción de la manifestación verbal antes aludida, tengo la impresión de que la crisis de Tiago no provoca respuestas exacerbadas y actitudes violentas. Y las breves referencias, hechas por Herbert Baldus, sobre su conducta y modo de ser, coinciden con esas apreciaciones.⁵⁴

Aquí se descubre un nuevo motivo y otra explicación para su retraimiento, además de los resentimientos recíprocos y del rechazo, más o menos decidido, por parte del grupo. La concepción de que es imposible poner en práctica ciertas formas fundamentales de conducta antiguas le otorga cierto tono de desaliento al marginado "pasivo". Les atribuye a sus actos y a sus intentos de integración, siempre encarados y analizados desde este punto de vista, un fuerte sentimiento de inutilidad. Por lo tanto, el aislamiento

⁵⁴ Herbert Baldus, *Ensaio de etnologia brasileira, op. cit.*, pp. 166-167, 171 y 185.

y la acción restringida llegan a parecerle deseables. Sin embargo, ese motivo interno, el deseo de aislamiento, puede desempeñar una función muy importante, pues crea una explicación subjetiva para el mismo aislamiento. Hace tolerable, y hasta insensible, el alejamiento de ciertas personas, así como menos dolorosa la ruptura con el grupo, mientras no surja una compensación más fuerte. ¡Pero el individuo no puede vivir siempre aislado! Tiago fue un solitario durante un tiempo, aunque después haya vuelto a la convivencia de los hombres, intentando nuevas reintegraciones (reaproximación con los blancos, etc.). Entonces se hacen sentir, con toda su fuerza, sus ideas sobre los actos humanos y sobre sus propios actos.

Ese proceso es visible en las siguientes palabras de Tiago Marques.⁵⁵

Antes el hombre agarraba, con sus manos, al jaguar por la boca, separándole las mandíbulas. Hoy en día ya no es capaz de hacerlo. Antes el hombre y la mujer ayunaban mucho. Después del nacimiento de un hijo ayunaban durante una semana, a pesar de lo cual continuaban trabajando. También en otro tiempo ayunaban. Esto agudiza los sentidos: la vista y el oído. En aquel tiempo, el hombre, a pesar de la caza y del trabajo, nunca se cansaba. A veces, se comía y se bebía durante el tiempo de ayuno para ir luego al monte a vomitar lo consumido. También en aquella época, el hombre sólo raramente se acostaba junto a la mujer, porque tal unión ataca mucho a la sangre. Y para no arruinarse los dientes, se tomaba agua tibia y nunca fría y se comía cuando la comida ya no estaba caliente.

El cambio, pues, a sus ojos, afectó a la cultura y a la vida tribal de los bororos de una forma profunda, que los demás miembros de la tribu ignoraban. Él observa y analiza ávidamente los patrones tradicionales de comportamiento, porque busca una solución, una forma de integración, contrario de lo que pasa con sus compañeros de la tribu, que pierden en perspectiva lo que ganan

⁵⁵ *Ibid.*, p.171.

en integración. Por eso, en el fondo, además de encontrar una explicación para su conducta de desintegrado, descubre fallas en los demás que, sin notar los cambios, no saben que su comportamiento está muy distanciado de los estándares tradicionales de la tribu. Las condiciones se modifican, los hombres no pueden ser siempre los mismos: unos en mayor, otros en menor grado. Es otra forma de compensación desarrollada por el marginado, que Tiago revela de modo acentuado.

Sin embargo, en realidad entre los bororos de ayer y los de hoy existe la misma distancia que él quiso transponer en sus primeros intentos de integración, transformándose en un verdadero bororo; “pero es lo suficientemente inteligente como para comprender que ya no puede alcanzar ese ideal”.⁵⁶ No obstante, debe buscar una forma de integración, y es en la elección de una solución posible que se revelará, entonces, el grado de labilidad de sus preferencias y de ambivalencia de sus actitudes. Cuando Herbert Baldus le preguntó si no prefería vivir con los bororos que permanecen alejados de las Misiones, lejos de Sangradouro y Meruri y que probablemente están más cerca de los antiguos bororos y de sus antiguos ideales de vida social, Tiago respondió: “No, allí se tratan unos a los otros como los blancos se tratan entre sí, matándose recíprocamente. En general matan al otro con veneno. Esas cosas antes eran raras”.⁵⁷ Por lo tanto, las preocupaciones por los estándares tribales de los antepasados bororos, en Tiago, no tienen un carácter práctico. Ellas tienden más a otorgarle una racionalización de uso personal que a encaminarlo inmediatamente en el sentido de una solución definitiva. Porque si él de hecho deseara ser nuevamente un verdadero bororo y tuviera conciencia de que ello es posible, intentaría su integración a los demás, lejos de las Misiones y del mundo de los “civilizados”. Sin embargo, la solución le parece inaceptable, a pesar del rencor, del resentimiento que revela en su frase contra los blancos.

⁵⁶ *Ibid.*

⁵⁷ *Ibid.*, p. 186.

Además, piensa que a los bororos les resulta imposible volver a su estado antiguo: “Hoy en día ya no podemos andar como antes, adornados con plumas”.⁵⁸ Su mundo mental es aún el de los blancos. Y los valores correspondientes se insinúan en sus actos, ideas y actitudes, a los que les dan un color propio. Sus consideraciones sobre los bororos son, de hecho, las de un blanco letrado. Pero, al mismo tiempo, indican una aceptación y un rechazo de valores de la cultura de los blancos y de la cultura de los bororos. Empero, la demostración más importante de estos datos es que su propósito de permanecer en las Misiones corresponde a una necesidad de no alejarse demasiado —más de lo que ya se alejó— de la “civilización” y de los blancos. Resulta evidente que los lazos que lo unen al mundo de éstos aún son muy fuertes y que el mismo Tiago, hasta ahora, no se ha mostrado dispuesto a romperlos. Esto es así, a pesar de los conflictos con los blancos, de los resentimientos recíprocos y de los avances de la cultura borora, que fatalmente lo atraerá.⁵⁹ Y también resulta claro que, en las circunstancias analizadas, deberá resolver el problema y encontrar una solución en condiciones bien definidas: entre los bororos y los blancos de Sangradouro y Meruri.

8. CONCLUSIONES

El material expuesto es suficiente como para corroborar la naturaleza de las integraciones de Tiago Marques Aipobureu, poniendo de manifiesto que se trata de un hombre marginado. Fueron analizados los principales aspectos de su crisis psíquica, las causas probables de la misma y su desarrollo. Si no fue posible hacer un estudio exhaustivo —debido a la limitación impuesta por los datos disponibles— me parece que, en lo que respecta a aspectos como la integración al sistema sociocultural bororo, los conflictos culturales con los blancos y con los bororos, el surgimiento de resentimientos recíprocos y de ciertas formas persona-

⁵⁸ *Ibid.*

⁵⁹ Por supuesto en el caso de que se mantengan las mismas condiciones.

les de compensación, la ambivalencia de actitudes y el desarrollo general del proceso de marginación en su caso, con los correspondientes intentos de integración al grupo de los blancos y de los bororos, el análisis no deja mucho que desear. No obstante, es interesante que se debatan todavía, como conclusiones generales, dos problemas más: el primero tiene que ver con la misma caracterización del caso de Tiago, e involucra una reapreciación del proceso estudiado; el segundo dirige nuestra atención hacia los aspectos condicionantes, externos, de sus contactos con los blancos y con los bororos.

En cuanto al primero, se debe recordar que la posibilidad de conciliación de patrones incongruentes siempre existe. El comportamiento “es mucho más flexible que los estándares que influyen en él”,⁶⁰ y por ello se adapta a éstos y a las situaciones en las que se encuentran los mismos individuos. Los conflictos entre patrones diversos deben ser considerados como índices de desorganización de la personalidad cuando en los individuos implican conflictos emocionales, subjetivos, o escandalizan al grupo, provocando en los demás miembros de la colectividad una reacción más o menos intensa e inmediata de desaprobación. Generalmente, éstos constituyen dos aspectos de un mismo fenómeno: uno en cuanto al individuo y otro en cuanto al grupo.

Por lo tanto, sólo se puede hablar de marginación desde el momento en que nuevos estándares, insinuándose en la vida afectiva del individuo, colisionan con sentimientos y emociones anteriores.⁶¹ La simple existencia de creencias contradictorias no significa marginación. Un hombre normal revela, en su comportamiento, que se orienta por un número relativamente elevado de patrones incongruentes. Así, en nuestra sociedad, un individuo cualquiera recibe en la escuela explicaciones científicas sobre la cura de ciertas molestias, por ejemplo, e, informalmente, adquiere otros conocimientos incompatibles con los primeros.

⁶⁰ Ralph Linton, *O homem*, São Paulo, Livraria Martins Editora, 1943, p. 391.

⁶¹ Emilio Willems, *Assimilação e populações marginais no Brasil*, São Paulo, Editora Nacional, 1940, p. 108.

Sin embargo cree en ambos y en ciertas ocasiones puede usarlos alternada y hasta concomitantemente. Pero cuando los estándares relacionados con determinadas creencias entran en colisión, la posibilidad de armonización y de conciliación desaparece. La desorganización de la personalidad se vuelve inevitable como consecuencia directa del desequilibrio cultural.

Pues bien, entre los bororos, así como entre los blancos de las Misiones, debe haber muchos casos de género como los señalados anteriormente.⁶² Los bororos reciben ideas, prácticas y conocimientos de los “civilizados” y éstos, a su vez, adquieren muchos elementos de la cultura de aquéllos en el transcurso de un proceso aculturativo que se está dando desde hace algunos años. ¿Pero sería posible hablar de marginación en estos casos? Es evidente que no, aunque los contactos hayan provocado cambios sensibles, que pueden ser apreciados en las referencias de Tiago Marques y en la constatación de A. Colbacchini y C. Albisetti anteriormente citadas. Los problemas de integración y el desarrollo de la crisis de Tiago ponen de manifiesto la inexistencia de precedentes en el grupo y el hecho de que las modificaciones, por profundas que sean, no han afectado aún los valores centrales del sistema sociocultural bororo. Los elementos tal vez aceptados de los misioneros fueron integrados a la cultura borora. Por ello, se hace posible la conciliación de estándares nuevos con otros tradicionales en el comportamiento de los bororos de las Misiones, evitando los riesgos de los conflictos emocionales profundos. Al contrario, pues, de lo que le ocurrió a Tiago, en quien ese proceso de conciliación fue posible debido al hecho de ser, él mismo, portador de una cultura diferente a la de los bororos.

El segundo problema se ubica exactamente aquí: los conflictos entre Tiago Marques Aipobureu y los blancos, por un lado, y entre él y los bororos, por otro, deben ser encarados como una consecuencia directa del hecho de ser él portador de la cultura

⁶² Sobre los resultados de contactos de sociedades culturales diferentes y la formación de culturas híbridas, véase Milton M. Goldberg, “A Qualification of the Marginal Man Theory”, en *American Sociological Review*, vol. 6, No. 1, 1941, p. 53.

de los “civilizados”. En todos sus intentos de integración, este hecho lo perjudicó. Para los blancos, manifestaba actitudes y practicaba actos que ellos no esperaban, pues veían en él apenas a un bororo igual a los otros de las Misiones. Los bororos pensaban lo mismo, pero en sentido inverso; a esto se sumaban sus insuficiencias frente a los estándares de la tribu, en virtud de los cuales fue evaluado y provisoriamente rechazado. En el fondo, pues, por ser un *bororo civilizado* no “sirve” para ninguno de los dos grupos. A través de este análisis se pone de manifiesto que la crisis aún está en vías de desarrollo. Tiago no logró una salida conveniente al integrarse a uno de los dos grupos y al encontrar una fórmula intermedia y persuasiva de solución del conflicto. El último período de su crisis (hasta diciembre de 1939, fecha del discurso de Sangradouro) se caracterizó por una reaproximación a los blancos y por una reconciliación con los “civilizados” y los valores de su cultura. Pero muchos valores de la cultura borora fueron incorporados a su personalidad y, en consecuencia, modificaron profundamente su mentalidad. Las tendencias del proceso indican que, en las actuales condiciones (tiene que encontrar una solución entre los bororos de Sangradouro y Meruri y los blancos de las Misiones), es muy probable que se integre al sistema sociocultural de sus antepasados con la correlativa conservación de ciertos ideales, emociones y conocimientos de “civilizado”, integrados en su personalidad.

APÉNDICE⁶³

Gracias al estudio de Herbert Baldus, de Antônio Colbacchini y de César Albisetti, la figura del bororo Tiago Marques Aipobureu se ha hecho muy conocida en los círculos etnológicos brasileños. Su vida dramática, rica en peripecias y en aventuras, atrajo la curiosidad de los lectores de las obras de aquellos etnólogos y llamó la atención de los “civilizados” en cuanto a los efectos desastrosos

⁶³ Artículo publicado originalmente en *O Estado de São Paulo*, el 7 de mayo de 1949.

de la catequesis y de la asimilación de los indios, cuando son desarrolladas sin ningún tipo de plan racional y de preocupación por el destino personal de las personalidades nativas, “cristianizadas” o “abrasileñadas” por los blancos. Hace tiempo, por recomendación del doctor Herbert Baldus, intenté estudiar el drama moral de este personaje. En ese estudio pretendía sugerir, a través de un caso concreto, lo que les sucede a los indios, nuestros contemporáneos, cuando reciben una educación del tipo de la nuestra y después son abandonados a su suerte, entregados a las condiciones de existencia de las sociedades tribales a las que pertenecían. Es evidente que la falta de adiestramientos especiales incapacita a tales individuos para enfrentar con éxito semejante experiencia. Por ello, pasan a estar desintegrados y pueden revelar comportamientos coherentes con su calidad de marginados.

Entre las personas que mostraron interés por el pequeño estudio se encuentra el señor Manuel Cruz, amigo y admirador de Tiago Marques Aipobureu.⁶⁴

En este artículo, el señor Manuel Cruz revela una marcada antipatía por el concepto de marginación y afirma categóricamente que el indio bororo no es ningún “hombre marginado”.

Tiago Marques Aipobureu —escribe— no es, como dice Florestan Fernandes, un “marginado”. La designación científica peca de inadecuada si tomamos en cuenta la vida y la actividad de Tiago. Tiago es un abandonado, víctima de la civilización que lo encontró feliz en plena selva de donde lo tomó por el cuello y lo arrojó a la convivencia de las Misiones para, posteriormente, con el mayor desprecio por su suerte, dejarlo en la penuria, lejos de los centros urbanos, sin ninguna posibilidad de aprovechamiento.

Sin embargo, tanto en este aparte de su artículo como en el siguiente, lo pinta incisivamente como un *marginado*:

⁶⁴ Véase “A vida de Tiago Marques Aipobureu”, artículo publicado en el *Diário de São Paulo*, 27 de julio de 1974.

A mi modo de entender, Tiago Aipobureu es una víctima de la civilización, como ya lo he dicho en otra parte. Ésta lo preparó para grandes destinos y, antes de que pudiera poner en práctica su preparación y experiencia, se transformó en blanco de la injusticia [...]

El señor Manuel Cruz tiene, evidentemente, un concepto muy personal de la marginación, pues toma el término “marginado” como equivalente de “persona deliberadamente puesta al margen de la vida social” o de “escoria social”. Bastaría con leer la definición del vocablo, hecha en mi propio trabajo o en obras de autores citados en el mismo, para disipar semejantes dudas. Es más, incluso en el *Pequeno dicionário brasileiro da língua portuguesa* podría encontrar una definición del vocablo en la entrada “marginado”: “Individuo que, como consecuencia del conflicto de dos culturas, queda al ‘margen’ de la cultura de la que provino y de la nueva cultura a la cual no se integró”.⁶⁵

Al contrario de lo que piensa el señor Manuel Cruz, el especialista, cuando emplea el concepto no pretende identificar las capacidades personales de las personalidades estudiadas a las inadaptaciones evidenciadas en su comportamiento. Equívocos de este tipo, sobre el empleo de conceptos científicos, manipulados por no especialistas al pie de la letra o de acuerdo con el sentido común, son inevitables y comprensibles. Más allá de ello, el artículo del señor Manuel Cruz contiene informaciones valiosísimas al respecto de Tiago Marques Aipobureu, cuya importancia para el análisis de su situación de “hombre marginado” desearía recalcar. Pero antes me parece necesario hacer una rectificación: en ninguna parte de mi trabajo calificué a Tiago Marques Aipobureu como “perezoso”. En el análisis que hice de su situación de marginado me limité a constatar que, como consecuencia de las valoraciones negativas de su comportamiento, él no se correspondía con el ideal de personalidad masculina de los bororos ni con las expectativas de los salesianos, que entonces lo tildaron de “perezoso”, extendiendo el atributo y la decepción a su hijo.

⁶⁵ Antenor Nascentes, *Pequeno dicionário brasileiro da língua portuguesa*, Rio de Janeiro, Civilizacao Brasileira, 1939, p. 795.

Una información se refiere a los conflictos iniciales con los blancos. Los salesianos aprovecharon la cooperación de Tiago Marques Aipobureu en campañas destinadas a conseguir fondos financieros para las Misiones. Las expectativas de aprovechamiento práctico de los resultados eran, naturalmente, distintas: los misioneros tenían, a ese respecto, ideas opuestas a las de Tiago Aipobureu.

He aquí cómo el señor Manuel Cruz describe estos hechos:

La primera decepción, me dijo Tiago, se dio cuando acompañó a don Malan, que lo utilizó como señuelo para obtener donaciones para las Misiones.

Cuenta Tiago, con su simplicidad, que don Malan lo presentó ante personalidades importantes del comercio y de la industria de São Paulo y de Rio de Janeiro, y siempre el resultado de esas presentaciones era el pedido de ayuda financiera destinada a mejorar el padrón de vida de los bororos y a consolidar las colonias. Ahora bien, don Malan nunca les ofreció su ayuda a los bororos, es decir, nunca les dio animales de transporte, ni ganado, ni nada. El nativo vivió a expensas de su propio trabajo.

Según el informante, las decepciones de Tiago Aipobureu intensificaron sus conflictos con los blancos, y lo condujeron, incluso, a fuertes manifestaciones de antagonismos.

Seguramente que al espíritu vivaz de Tiago no se le escapó una retrospección de aquellas escenas de promesas y de expulsiones. Esos dos hechos causaron en Tiago un profundo disgusto y su consiguiente regreso a la convivencia con sus coterráneos, a quienes les señaló, en arengas inflamadas, en las noches bajo la luna, las fallas de las Misiones y las ingratitudes que venía recibiendo, si no por parte de los misioneros, por lo menos por parte del nuevo director de Meruri.

A ese gesto, el padre director de Meruri, que no tenía el tacto político del padre Colbacchini, dio comienzo a sus represalias contra Tiago.

Otro aspecto interesante de la declaración del señor Manuel Cruz tiene que ver con las actitudes de Tiago Marques Aipobureu frente a los valores de la civilización occidental y a los valores de la cultura bororo. Aunque no dejase de ser *cristiano*, “considerando que su cristianismo sufrió la influencia de un fresco atavismo”, comprendía y aceptaba como bororo los valores y las instituciones tribales. Tales actitudes fueron ampliamente analizadas en mi trabajo. En virtud de su carácter confirmatorio, las exposiciones del señor Manuel Cruz merecen ser transcriptas aquí. En cuanto a las relaciones con los blancos, afirma nuestro informante:

Tiago tiene un raciocinio eficaz, una comprensión clara y lógica. Es el primero en reconocer la importancia de los misioneros en la fortificación y en el respeto a la familia, en la preparación de los indios en los menesteres de la agricultura y la ganadería y, finalmente, en el interés de transformarlo en alfabetizado y útil si el círculo de la actividad del nativo no se circunscribe al regreso de las colonias. [...] [A pesar de ello, Tiago Aipobureu] no atacó el poder de los *baére* o sacerdotes, no fue irrespetuoso de la autoridad de los *boe imigéra gue* (caciques). Su deseo fue, ante todo, lo que haría un estudioso de su gente: el esfuerzo por conocer la historia, los mitos, los cantos y la cultura material de una tribu celosa de su pasado y de sus tradiciones gloriosas.

A pesar de todo, la información más importante ofrecida por el señor Manuel Cruz alude a la competencia por el prestigio entre Tiago Marques Aipobureu y otros miembros de la tribu. A través de ella se entiende el significado del interés de Tiago Aipobureu por los valores tribales y, de esta manera, se obtiene una explicación bastante razonable de los motivos que llevaron al indio bororo a acumular conocimientos tan amplios sobre la mitología tribal y el pasado de los bororos. Las informaciones confirman completamente la interpretación que hice acerca del comportamiento de Tiago Marques Aipobureu, y amplían, además, la base empírica de la misma. A pesar de la extensión del fragmento, me parece indispensable citarlo en este artículo:

Tiago se enojó, y con mucha razón. Él me contó muchas cosas que no vienen al caso aquí. Para juzgarlo con justicia conviene sumarle a todo esto la lucha que sostuvo él solo con sus propios coterráneos. Siendo superior a ellos en educación y en el conocimiento de las cosas indígenas, ya liberado de los prejuicios tribales, era justo que, al volver a las selvas, tratara de encaminar a los indios, de acuerdo con su nueva concepción de la vida. Sin embargo, el indio prefirió renunciar a sus prerrogativas sociales y religiosas y cuando Tiago los quiso conducir, se encontró con una muralla inexpugnable de resistencia. Por tercera vez en su vida, Tiago sintió otra desilusión. Dentro de la comunidad de su gente pasó a ser un indio como cualquier otro. Pertenecía al lenguaje de los *bokodóri exeráe*, portador de gran riqueza en la cultura material, pero le faltaba autoridad para el mando político-social de la tribu, privilegio que sólo tenía el clan de los *baadagêbá gue*.

Y esa resistencia contra la influencia de Tiago se manifestaba en la precaución que mostraban los miembros de la comunidad de no revelar nada sobre la historia, los mitos y los cantos de la tribu en presencia de Tiago. Yo soy testigo ocular. Para disminuirlo llegaban a inventar que Tiago era inexperto en asuntos relacionados con las cosas de los bororos.

A pesar de las reacciones que hubo contra la esfera de influencia de Tiago, éste logró formar, en el seno de la nueva generación, un amplio círculo de admiradores. Lamentablemente dicho grupo en nada podría modificar su condición de vida. Hoy en día, Tiago vive la vida del desamparado, trabando consigo mismo una lucha tremenda cuyas consecuencias, dada su edad ya bien avanzada, cada vez le parecen más adversas, a menos que la mano providencial lo ampare a tiempo.

Como se puede ver, el señor Manuel Cruz presenta un valioso aporte al conocimiento de la personalidad de Tiago Marques Aipobureu. Tal aporte, a pesar de las críticas del informante sobre el concepto de marginación, describe claramente el carácter del drama del “hombre marginado” vivido por el simpático indio bororo, y llega incluso a dilucidar algunos puntos oscuros hasta

ahora, como el de las causas sociales de los conflictos de Tiago Aipobureu con los miembros de la tribu. El mismo informante destaca, aun, que el indio bororo mantiene ciertas expectativas —que probablemente se verán frustradas, en virtud de las propias condiciones sociales de la situación de contacto de los bororos con los blancos— de aprovechamiento de sus capacidades personales por parte de los “civilizados”. Sin embargo, Tiago tiene esperanzas de poder, algún día, ser aprovechado por los “civilizados”. Sueña con una posibilidad. No la busca porque teme que, nuevamente, se le cierren las puertas de la esperanza. Por eso no se arriesga a enfrentar la vida, tal vez porque se encuentra desambientado del bullicio de las ciudades y del trato con los hombres. Ello pone de manifiesto que el proceso descrito en mi trabajo, como lo suponía, aún no ha terminado: Tiago Marques Aipobureu todavía no ha logrado desarrollar una integración satisfactoria a uno de los grupos (o a ambos) que disputan su lealtad, y la reaproximación a los blancos continúa marcando sus actitudes y sus acciones.